

la de la izquierda. En semejante disposición, protegiendo el avance de la infantería, rompieron el fuego contra nosotros. —¡Ánimo,—dije, volviéndome á mis soldados,—buena coyuntura se nos ofrece para demostrar quiénes somos!—Comenzamos á disparar contra los cañones enemigos. Sus columnas retrocedieron durante largo rato. La del centro se acercó á una pequeña casa, en la cual penetró gran número de soldados. —Sargento,—grité á vuestro hijo,—meta usted una bala en aquella casa.—¡Sí, señor!—contestó como siempre, con su acento firme y decidido. En aquel instante pasó á galope detrás de nosotros el coronel de Estado Mayor que, al oír mis palabras, se detuvo, y volviéndose hacia el cañón de la derecha dijo en alta voz:—¡Veamos!—«¡Fuego!»—mandó al propio tiempo áquel valiente muchacho, y vimos saltar el techo de la casa, y llover en medio de la columna una lluvia de tejas, bigas y tablas, y salir á escape del interior de la misma numerosos soldados que se dispersaron en todas direcciones.

El padre cogía frenéticamente con ambas manos la cubierta de la cama, como si se hallara dominado por un ataque nervioso.

—¡Bravísimo!—exclamó el coronel, y siguió adelante á todo el correr de su caballo. Pero los cañones austriacos hacían muy buenos blancos. Sus balas venían á caer á diez y á ocho pasos de distancia del sitio donde nos hallábamos, hundiéndose profundamente en el suelo, y levantando nubes de polvo y de guijarros, que envolvían de cuando en cuando cañones y artilleros, ocultándolos completamente á mis miradas. Desvanecida la nube, veía siempre á mi valiente sargento sacudiéndose, sonriendo, la tierra que se le había metido entre el cuello y el corbatín, tranquilo, impasible, como si para él no existieran los peligros... Pero fuimos desgraciados. Alcanzó una bala á una de las compañías de infantería que nos protegía á nuestra espalda, y mató á tres soldados. Casi al propio tiempo otra bala mató uno de nuestros caballos é hirió á otros dos.

Esto, sin embargo, fué lo de menos... No habían pasado dos minutos, cuando se oyó un ruido terrible y al par un grito inmenso: una bala enemiga había roto la rueda de uno de los cañones, que quedó desmontado, y había dejado tendidos, hechos pedazos, á dos de nuestros artilleros... No era el cañón de su hijo.

El anciano respiró como si le quedara esperanza de que su hijo viviera.

—Recuerdo perfectamente que á la vista de semejante contratiempo, vuestro hijo se dió una fuerte palmada en la frente, y exhaló un grito de pesar. Sin embargo, nuestra situación nada tenía de desesperada, y durante algún tiempo habríamos podido continuar firmes en nuestro puesto, si no se hubiesen agregado dos nuevos cañones enemigos á los cuatro que nos hostilizaban, con lo cual, siguiendo las columnas enemigas su movimiento de avance, nos era imposible conservar nuestra posición. De pronto oímos detrás de nosotros un confuso rumor de pasos, de voces y de armas, y vimos formarse apresuradamente dos batallones sobre la cresta de la colina en actitud de rechazar un asalto. Según he manifestado, entre la cresta y nosotros, el terreno formaba una hondonada, por cuyo motivo, no conviniendo á la infantería adelantar hasta nosotros, fuimos nosotros los que debimos retroceder. La columna del centro adelantaba con gran rapidez. Esperé que se hallara á tiro y mandé: —¡Fuego de metralla!—A la voz de fuego, oyóse algo semejante al estallido de un trueno, acompañado de agudísimos silbidos; levantóse una densa nube de polvo que nos ocultó la columna, y cuando se disipó, pudimos contemplar en las filas enemigas un terror, una destrucción, un desorden de todos los infiernos. Pero era tarde. Los enemigos, dispersos y desarmados como estaban, continuaron subiendo resueltamente: no había tiempo que perder: era indispensable salvar los cañones: los caballos no bastaban.—¡A brazos! grité, ¡retiren! —Treinta brazos vigorosos se apoderaron repentinamente de

las ruedas, de los muñones, de las bocas, y comenzaron á empujar hacia atrás las piezas. Al cañón de la derecha le faltaba un artillero; supliólo el sargento agarrándose decidido á la rueda izquierda.—¡Ánimo! gritaba, ¡fuerza, fuerza!—Pero el espacio del terreno que su cañón debía recorrer se hallaba removido, y las ruedas se hincaban en él, y el esfuerzo que para moverlo debía hacerse era extraordinario: aquellos cinco soldados hacían la fuerza de veinte: los músculos de sus manos y de sus cuellos, hinchados como cuerdas, parecía que iban á romperse: estaban rojos; bañados de sudor, transfigurados.—¡Ánimo! decían oficiales y soldados desde la cumbre de la colina.—Y los artilleros bufando, gimiendo, redoblaban sus esfuerzos. A nuestras espaldas oíamos ya el pesado andar de la columna austriaca y las voces de los oficiales; una fuerza de cazadores que pertenecía á la columna enemiga de la izquierda, la cual había logrado avanzar, descargaba sobre nosotros una verdadera lluvia de balas: distábamos pocos pasos de la cumbre... En aquel instante fué herido.

—¿Dónde? ¿Dónde fué herido?—preguntó ansiosamente el padre, como si por vez primera llegara aquella noticia á sus oídos.

—...En la pierna.

—¿En qué punto?

—...Aquí,—contestó el capitán, indicando indiferentemente la pantorrilla derecha.—Sintiéndose herido, volvióse á mirar la pierna, y gritó: ¡No es nada, no es nada: ánimo, muchachos!—Y continuó empujando la rueda.

—¡Bravo!—exclamó con voz firme y entera el enfermo.

—¡Oh! ¡sí! Valiente como pocos, y los soldados que se hallaban á cierta distancia prorrumpieron en gritos de ¡bravo! Aquellos cinco decididos muchachos hicieron un postrer esfuerzo, empujaron el cañón hasta la cima, y gritando animosos:— ¡Está salvado!—cayeron al suelo rendidos de cansancio. Levantáronse inmediatamente.

—Sí; ¡pero no todos volvieron á levantarse!—exclamó el pobre anciano, cubriéndose el rostro con la mano.— ¡Lo sabía!

—Había sido herido en un costado.

Siguió un instante de silencio.

—En cuanto los cañones hubieron pasado al otro lado de la cima, los dos batallones de infantería rompieron en un nutrido fuego contra la columna que daba el ataque. El cañón de la derecha fué arrastrado otros treinta pasos más allá. En tanto lo arrastraban (aquí el capitán se puso en pie), vuestro valiente hijo, tendido en tierra, oprimiendo con una mano su herida, gritó todavía dos ó tres veces:— ¡Fuerza! ¡Fuerza!— Después le faltó la voz, hizo con la mano una señal...

—¡Oh, basta, capitán!—gritó el anciano con voz desmayada.

—Escuchad... En cuanto estuvieron nuestros cañones puestos á salvo, nos llegaron los caballos de otros que habían caído en manos del enemigo, y ordené que inmediatamente los engancharan. El subteniente, que se había apeado, cuidaba de que fueran ejecutadas mis órdenes, de pie delante la pieza de la derecha, con la espalda vuelta al enemigo: estaban ya enganchados los caballos; iba á volverse á mí para decirme:—Estamos dispuestos,—cuando de pronto sintió que le abrazaban la rodilla: volvióse y vió...

El anciano se sentó en la cama, y cogiendo la derecha del capitán, preguntóle ansioso:

—¿A quién?

—A vuestro hijo.

—¿A mi hijo?

—Sí, á vuestro hijo, que, extenuado, moribundo, arrastrándose como pudo, se trasladó hasta aquel sitio para dar el último adiós á sus cañones y á sus camaradas... Todos los artilleros le rodearon, dos de ellos le cogieron por debajo de los sobacos y le pusieron de rodillas. Agitaba ambos brazos,

y abría y cerraba la boca mirando al subteniente, como si quisiera decirle algo. —¿Qué es lo que quieres, valiente?— preguntóle aquél con voz tierna y cariñosa, —¿qué quieres?— Y él levantó los brazos y juntó las manos en actitud de abrazar. El subteniente creyó comprender: golpeó con la mano la boca del cañón y le preguntó:—¿Esto?—¡Sí! ¡sí! ¡sí! pareció querer decir, moviendo la cabeza y manifestando vivísima alegría. Los dos soldados le levantaron hasta el cañón: ciñólo con sus brazos; estrechó contra él su pecho; dió un grito, y... ¡murió!

El padre, que hasta aquel instante había escuchado al capitán, con emoción siempre creciente, estrechándole convulsivamente, ora la mano, ora el sable, ora el faldón de la levita, y palpándole los brazos y las espaldas, como habría podido hacer un ciego que hubiese tratado de reconocerle, al oír las últimas palabras, prorrumpió en un profundo sollozo, que participaba del dolor y de la alegría; sus ojos se inflamaron, y su rostro se iluminó de inefable gozo.

—...El espectáculo de aquella muerte de héroe,—continuó el capitán con apasionado acento,—arreatónos de entusiasmo. El subteniente cogió con ambas manos la cabeza de vuestro hijo, y clavando en sus ojos la mirada como si viviera aún, exclamó fuera de sí:—¡Querido, valiente, sublime soldado!— ¡Viva! gritaron todos los artilleros, y yo exclamé:—¡Saludadle!—y levantando la mano á la altura de la frente, saludáronle, repitiendo de nuevo: ¡Viva!

El viejo se echó á llorar.

—Sí, sí, prosiguió el capitán, siempre conmovido:—llorad, llorad: estas lágrimas, brotadas de lo más íntimo del corazón, lejos de afligiros servirán de alivio á vuestra pena: vuestro hijo es el orgullo de nuestra batería; su memoria no se borrará de ella; dentro de veinte años, al pronunciar su nombre nuestros soldados, sentirán palpitar su corazón, como lo sentimos nosotros, pocos días transcurridos desde el de su muerte, y dirán todos que fué un valiente entre los valientes,

y le amarán, y le bendecirán como si se tratara de un hermano... ¡Sí, sí, llorad! al presente podéis llorar, y hasta deseo que vuestras lágrimas bañen mi divisa.

Y así diciendo, estrechó entre sus brazos y estrechó contra su pecho la frente venerable del anciano, permaneciendo largo rato de aquella manera. Los tres hermanos lloraban también.

El enfermo, agotadas sus fuerzas por aquella larga y profunda emoción, apenas se desprendió de los brazos del capitán, dejó caer la cabeza sobre la almohada, y con voz sumisa é interrumpida por los sollozos, dijo:

—Gracias, capitán, gracias desde lo más profundo de mi corazón. Vuestras palabras me han hecho un gran bien. Me parece que mi pecho se haya aliviado de un peso insoportable. Me parece que casi no he de sufrir más. Me habéis proporcionado un consuelo inmenso... Gracias, gracias.

Y entornó los ojos, y descansó durante un rato, tan tranquilamente, que parecía estar durmiendo. Entretanto, los tres hermanos, saliendo de puntillas, se habían dirigido á la vecina estancia, y habían vuelto sucesivamente trayendo cada uno un objeto que ocultaban detrás de la espalda. El capitán había tomado también la misma actitud. El enfermo no se había apercibido de ello.

—¡Capitán!—dijo al cabo volviendo en su acuerdo.

—¿Qué queréis?

—Era vuestro sargento.

—Sí.

—Por consiguiente... debéis conservar alguno de sus escritos... alguna carta... ó algún...—no encontraba el vocablo.

—¿Algún parte, queréis decir?

—Sí, esto mismo. ¿Lo tenéis, capitán?

—Sí, muchos: en cuanto llegue á Turín os los remitiré. Ya había pensado en ello, y si no me hubieseis hablado vos de esto, os hubiera hablado yo.

—¡Oh, capitán! ¡Qué bueno sois! ¡Cuánto os debo!...

Conservaré religiosamente todo cuanto ha escrito mi hijo, lo leeré todos los días repetidas veces; lo tendré siempre ante los ojos. No os podéis imaginar de cuánto consuelo han de ser para mí aquellos documentos.

—Y no serán ellos el único consuelo que deseo ofreceros.

—¿Hay más aún?—preguntó vivamente el buen anciano.

Y se sentó de nuevo en la cama.

—Sí, esto,—y le entregó un chacó de artillería, que hasta entonces había guardado oculto.

El anciano exhaló un grito, cogió con mano convulsa el morrión y lo besó ardientemente tres ó cuatro veces.

—Padre,—dijo entonces el mayor de sus hijos,—también tengo yo algo que darte,—y le entregó un par de charreteras de sargento.

El padre cogió y besó también aquellas prendas.

—Y yo también,—dijo inmediatamente el segundo, y le entregó la forrajera de gala.

Tomóla y la besó también.

—Y yo...—dijo por último el pequeñuelo.

—¡Hijo de mi vida!—exclamó el padre afectuosamente tendiéndole los brazos.

—También yo debo darte una cosa (y pensó un momento anticipadamente, según me ha dicho que dijera el señor capitán. Ahí está.

Y entregó al padre una medalla al valor militar, con su correspondiente cinta.

Apenas había llegado el padre á entreverla, y la tenía ya entre las manos y estrechaba en un mismo y prolongado abrazo la cabeza del pequeño, y los cordones, y las charreteras y el chacó, diciendo:

—¡Oh, aquí está el hijo de mis entrañas, mi pobre hijo! ¡Le siento, le siento!

Abandonó al cabo al pequeñuelo, y volvió á caer sobre la almohada, sosteniendo apretados contra el pecho entre sus

brazos cruzados, aquellos objetos para él tan preciosos. De cuando en cuando repetía sin apenas desplegar los labios:

—¡Aquí está el hijo de mis entrañas, mi pobre hijo! ¡Lo siento, lo siento!

Y estrechaba más aquellos objetos contra su pecho.

Durante un rato callaron todos, hasta tanto que el capitán manifestó en voz baja á los hijos que debía partir.

Eran las ocho: no había por qué rogarle que permaneciera más tiempo.

—¡Padre!—dijo en alta voz uno de los jóvenes.

El anciano abrió los ojos.

—El capitán debe marchar.

—¿Ha de marchar? ¿Tan pronto? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué? ¿No podéis permanecer con nosotros unas horas más, señor capitán?

—No me es posible, y lo siento. Es indispensable que parta inmediatamente...

El viejo hizo un ademán de dolor.

—¡Mi buen amigo!... Apretadme la mano. (El padre se la estrechó vigorosamente). Volveré; vendré á veros: os escribiré, no lo dudéis. No es posible que os olvide jamás ni á vos, ni á este día para mí incomparable. Os quería antes de conoceros, porque al padre de un soldado valiente se le quiere aún sin haberle conocido; pero ahora que os conozco, ahora que he tenido la dicha de haberos visto, y de conocer de cerca vuestro corazón generoso, y vuestro ánimo levantado, ahora os admiro y os quiero mil veces más que antes. Me despido, pues, animaos; acordaos alguna vez de mí, y pensad que así como he tomado una parte muy viva en vuestra pena, estaré siempre orgulloso de haberos conocido, y que con la misma satisfacción con que vos podréis decir: «Aquel héroe era mi hijo,» yo diré siempre: «Aquel héroe era uno de mis soldados.» Adiós, adiós, amigo mío.